

Salvaje esperanza
Augusto Sebastián
motel.garage@hotmail.com

Cuando sientas horror de algo terrible,
aunque creas que no puede suceder,
debes, no obstante, temerlo.
Séneca. Edipo.

Estaban allí. En el parabus. En el más puerco de todos los parabuses. Al amparo de la peste del depósito de desechos orgánicos e inorganicos. No había mucha gente. De un tiempo a esta parte todo son preocupaciones obligando a todos los seres humanos a evitar el contacto físico pues cualquiera podría estar infectado. Esa mañana la calle estaba huérfana. Como tantas otras. En cuestión de días se trastocó la vida del país por el efecto del corona virus. En un mundo que se ha puesto de cabeza por la enfermedad, ha detonado la paranoia.

Unos llegaron y otros ya estaban. Siete en total a la espera del camión urbano. No pasaba. Todos o casi todos malhumorados. Uno de ellos con cubre boca. Tenían muy pocos minutos a la espera. Los que llegaron ni saludaron. Tal cual. Solo se observaron. Se observaban unos a otros. Otros a unos. Entre ellos mediaba la susana distancia. De unos a otros. De otros a uno. De unos a otros. Nadie se habla. Si de por sí. Se están como midiendo. Es un espacio donde nadie habla con nadie. Es la indiferencia. Es el vacío.

En aquellos que esperan el camión urbano en sus rostros también se nota la ansiedad.

No es nada fácil. La calle, el barrio, la ciudad, inmutables. Mantienen su sana distancia porque ésta sigue siendo clave para que la transmisión del corona virus no sea alarmante. A lo lejos el sonido de unos cuantos motores de automóviles, una sirena de patrulla amodorrada.

Se miran. Se miden. La señora muy muy gorda ve a todos. Los barre. Los observa de reojo, tragando saliva cada rato. El del cubre bocas y los audífonos colgados al cuello tampoco se queda atrás. Este cabrón entre copas presumía de ser un triunfador nato: independiente y emprendedor. El vigilante de empresa de seguridad privada también barre a los presentes. El obrero del segundo turno no se queda atrás con ese humor de perros que no había variado ni un minuto. La señora chaparrita, que no era muy vieja, podía tener entre treinta y cincuenta, o tal vez entre veinticinco y cincuenta y cinco, también está a la defensiva. Se movía poco o nada. Estaba encartonada. No hablaba tampoco. La vida azarosa difumina muchas cosas, añade arrugas, en fin.

Se ven. Se ven sin decirse nada diciéndose todo. No vaya a ser. Se observan. Se amenazan con la mirada. Silencio. Nada más. Suena muy natural. Muy lógico. Por si las moscas que significa por si acaso. Decía Augusto Monterroso: qué hay tres temas, el amor, la muerte y las moscas. Están en silencio. Sin atreverse a hablar entre ellos, respirando polvo. No llega el camión urbano. La calle se extiende como serpiente dormida. Las casas se repetían una junto a la otra, en serie. Las mismas casas hasta el vacío. No había buen ambiente. No se dirigen la palabra; se lanzan miradas furtivas, cargadas de desprecio. El calor era tan intenso. El sudor, la pesadumbre, el bochorno que sofoca, el sol que pegaba sin tregua. Dos que tres ven con sorna al único que lleva cubre bocas que está flaco y demacrado pero que se comporta como un viejo rancio, cansado y enfadado.

Seguramente está infectado, piensan otros dos que tres. La joven empleada de mostrador, de dieciocho años, buenas caderas ahh, una verdadera tentación con un largo vestido negro ceñido que delataba sus redondeces y el delito magnánimo de no usar sostén y unas plataformas blancas de diez centímetros de altura, no ve a nadie pero está inquieta, como si presintiera algo, piensa que los allí presentes cualquiera podría estar infectado. Se le cayó su bolso. Siente angustia en el pecho. La gorda muy muy gorda de pesadas y varicosas piernas y que de moda no sabe mucho la ve con desprecio. El ruido del bolso contra el piso del parabus le pone fondo musical a la escena. Discretamente da un paso atrás y se inclinó para recoger la bolsa. La gorda muy muy gorda que a más de uno se le pone dura muy muy dura nomas de verla porque todo puede ser, arrugo los labios y torció los ojos. Nadie fue para ayudarle a esa muchacha linda símbolo del amor ideal para más de uno de los allí presentes pero que les valió madres que se le cayera el bolso.

Uno más pensaba que ese tipo del cubre bocas es un pendejo.

El único que rompía el silencio era un viejo borracho, que está afuera del parabus, siempre con la misma sonrisa sin dientes, que estaba un poco sucio, desgredado, lo cual lo situaba muy orgánicamente en el apocalíptico ambiente del corona virus, al tiempo que repetía:

- Esto ya se jodio..., este mundo ya se jodio..., ya nos jodimos...

Frente a ellos pasó una pareja que llevaban cada uno tres paquetes de papel de baño. De esos chonchos. De veinticuatro rollos. Veinticuatro por tres. Veinticuatro por tres cada uno. 72 rollos cada uno. Ciento cuarenta y cuatro rollos de papel de baño entre los dos. Caminaban aprisa y con cara de susto guardando una distancia de dos metros. Ella por delante y llevando del brazo derecho a una niña que va con la mirada de una gratuita felicidad que no parecía de este tiempo. Él detrás. El hombre sin llegar a los cuarenta, ojos hundidos y un bigote mal recortado debajo de una nariz aguileña. Tuvieron que hacer cola en la Bodega Aurrerá. En las tiendas se admite un limitado número de clientes al interior. En la calle pues, se forma una larga cola, es que la gente no ha entendido que él no salir de su casa es importante, porque de esta manera se va a poder enfrentar y acabar con este virus cuya mutación también lo alcanzó y pasó a ser COVID-19. La niña les había obligado a cooperar solidariamente con el Movimiento Solidaridad Querétaro que tenía instalada una mesa receptora de víveres para personas que no tienen para comer en esta pandemia con el argumento de que los tiempos de crisis son también tiempos de oportunidad para ser solidarios y encontramos como sociedad y comunidad.

El borracho aquel que apesta a orines sonriéndoles con sorna les dijo:

- Se van a morir pero con el culo limpio.

El hombre de nariz aguileña por un instante se detuvo y volteó con enojo, pero se contuvo. Su esposa e hija no se detuvieron. Apretó los dientes y volvió a caminar. No quieren perder tiempo.

El camión seguía sin llegar.

Y zas. La señora muy muy gorda comenzó a toser. Esa señora muy muy gorda era la gota que colmó el vaso. Y todo su cuerpo gelatinoso se movió mientras su cabello indomable, rizado y largo flotaba en el aire. Estaba tosiendo. No sabía entonces que aquello significaría el preludio de su desgracia. Se le movían sus enormes tetas, su extraordinario barrigón. Estaba allí tosiendo frente a aquellos que ya se veían contagiados del coronavirus mientras la muy muy gorda seguía con pequeños tosidos, como bufando, con los ojos cerrados.

La señora gorda y muy muy gorda vuelve a toser. La angustia empezaba a desorbitarle los ojos. No es la primera vez pero puede que sea la última.

En un repentino exabrupto con este endemoniado corona virus pusieron manos a la obra. El vigilante con cara de pocos amigos se abalanzó. La mandíbula del joven de cubrebocas se desencajó, iba a salirse de su sitio. A la hermosa mujer se le agrandaron tanto sus ojos que las órbitas casi duplicaron su tamaño quien ya para entonces, sus nervios estaban destrozados y un escalofrío le sacudía intermitente su cuerpo afiebrado. En medio de tanto ruido y tanta locura paso la ruta muy lentamente porque el chofer bajó la velocidad para evitar golpear a un perro que caminaba malherido a la orilla del asfalto. Estaban descontrolados. Detrás de ellos se anunciaba la recomendación contra ese mortal virus: no saludar ni de mano ni de beso, lavarse las manos con frecuencia y a fondo y evite tocarse los ojos, la boca y la nariz y guardar cuarentena. En segundos se formó un charco de sangre espesa y de líquidos viscosos. Con la máxima velocidad y hambrientos de venganza le dieron por todos lados a ese cuerpo gelatinoso. Trato de incorporarse pero no podía ni siquiera levantar el gordo cuello mientras sus ojos se abrían tanto que parecía que en cualquier momento iban a salirse de las órbitas.

Siguieron otros golpes, en el pecho, en la espalda, otra vez en el estómago, otra vez en la cara, golpes que ya había recibido antes, pero estos venían de todas partes, con furia asesina. Las paredes del parabús y las personas se le borraron. El mundo era un espejo giratorio. Por su mente desfilaron, en una fracción de segundo, miles de imágenes de discusiones, de reproches, de insatisfacciones. Murió con los ojos abiertos, horrorizada, con una expresión desfogada de

crispación y terror. Morimos y vivimos. Ya está. A grandes males, grandes remedios, como dice la condena. Porque muerto el perro se acaba la rabia.